

"LOS INOCENTES DE LA MONCLOA"

DURANTE varios años, «Los inocentes de la Moncloa» ha esperado su oportunidad. Estrenada en Barcelona con éxito, propuesta siempre entre esa media docena de títulos que mejor definen el nuevo teatro español, la obra de Rodríguez Méndez testimoniaba, con su no estreno en Madrid, las contradicciones y escisiones profundas que se dan en el teatro español contemporáneo. ¿Cómo, en un teatro tan centralizado —por desgracia— como el nuestro, podía seguir ausente de Madrid «Los inocentes de la Moncloa»? ¿Qué posibilidades de estrenar aquí hemos de atribuir a la generación de Rodríguez Méndez, si una «obra punta» como «Los inocentes de la Moncloa», ya aplaudida en Barcelona, no llegaba a Madrid?

Bueno, lo cierto es que ya ha llegado. En el Cómico e interpretada por una compañía en la que sólo dos o tres nombres son bien conocidos. En todo caso, a la compañía de Jorge Vico hay que anotarle el haber traído a Madrid «Los inocentes de la Moncloa» y obligar a que Rodríguez Méndez sea juzgado y alineado por la crítica oficial.

Entre las críticas, encuentro confortadora la de Enrique Llovet. Si en «ABC» se dice lo mismo que en los medios que postulan obras como «Los inocentes de la Moncloa», es porque la frontera entre los «dos teatros» se tambalea. Quizá, en última instancia, hasta quepa decir que Rodríguez Méndez ha estrenado en Madrid porque ya se contaba con que la obra podía interesarle al crítico del diario español que hunde y levanta —por su masa de lectores y la condición de espectadores «potenciales» de los mismos— los negocios teatrales. Si leemos el resto de las críticas, montadas sobre concepciones del teatro —salvo alguna otra excepción— muy distintas a la de Rodríguez Méndez, nos daremos cuenta hasta qué punto la presencia de Enrique Llovet en la crítica diaria madrileña ha venido a ser una oportunidad de diálogo entre dos mundos que, sistemáticamente, se hostigaban. Lo importante ahora es que el crítico de «ABC» —por encima del hecho de que le gustase la obra, cosa de menor importancia— ha «entendido» a un autor rebelde y prácticamente «desterrado» de Madrid, y que su punto de mira es exactamente el que necesita la pieza para ser estimada.

Y ya no hablo más de esto, que no quiero hacer crítica de la crítica. Sino simplemente —como parte modesta de la generación teatral de Rodríguez Méndez— celebrar y alegrarme de que una obra «nuestra» haya sido perfectamente encuadrada por el crítico de «ABC».

¿Qué público asistirá en Madrid «Los inocentes de la Moncloa»? Sé que en las primeras representaciones había mucha gente joven en la sala. ¿Cuál es su potencia real? Dado el precio de las localidades, el horario de las funciones y el nivel económico de nuestra juventud, ¿qué posibilidad tiene «Los inocentes de la Moncloa» de variar sensiblemente la textura habitual de nuestro público? ¿Y por qué iba a reclamar «su teatro», a apoyarlo activamente, una masa «potencialmente» idónea, pero que no se caracteriza, precisamente, por este tipo de exigencias?

Cierto que un grupo no dejará de ir al Cómico. ¿Pero será bastante? La historia teatral madrileña de los últimos años está llena de estos grandes entusiasmos de grupo, entusiasmos de francotirador, rápidamente devorados por la cachaza de nuestra cotidianeidad teatral.

¿Cuánto tiempo se sostendrá «Los inocentes de la Moncloa», sin divos, y con más de un reparo serio a su forma concreta de representarse en Madrid?

Quiero aún referirme a las distintas interpretaciones del último acto. Se han producido en Madrid y se produjeron antes en otros lugares. Para algunos es un «final feliz» con el que Rodríguez Méndez traiciona la obra; parece, vistas las cosas así, que la «toma de conciencia» ha sido algo pasajero y definitivamente inútil, una vez el protagonista gana las oposiciones y se instala en la realidad social y económica de la burguesía. Para otros —y ésta es la intención del autor, porque sin ella la obra es absurda, porque por algo se llama a estos opositores finalmente embrutecidos «los inocentes», y, en última instancia, porque así lo dice Rodríguez Méndez cuando se le pregunta sobre el particular— este «final feliz» es una ironía del dramaturgo, de la que se desprenden una serie de consideraciones positivas: por ejemplo, «indigna» el desenlace feliz porque ningún espectador acepta como buena la alineación final del protagonista. Pero, y ésta es la gravedad de la obra de Rodríguez Méndez, ¿no es nuestro régimen de oposiciones y aun el futuro social de quien las gana, un sistema de vida alineador? ¿No corresponde la destrucción final y «aparentemente feliz» del protagonista a un concepto de la «lucha por el éxito» de uso común? ¿Y quién va a condenar a estos «inocentes» que han de embrutecerse para vivir? Rodríguez Méndez trasciende así la problemática del personaje para situar las bases de la tragedia en un sistema monstruoso de «falsas soluciones».

«Los inocentes de la Moncloa» es la primera obra española realmente importante que se ha estrenado en Madrid esta temporada. Dejando a un lado, claro, «La casa de Bernarda Alba».

JOSE MONLEON



por fernando molinero

"la paga", de mauro muñiz

DIECISEIS cuentos componen el presente libro de Mauro Muñiz: «La paga» (Richard Grandio. Editor.—Oviedo, 1963). Los distintos personajes y las distintas anécdotas de que se nutre cada relato, provienen de una realidad muy concreta, que el autor nos presenta de forma directa y en ocasiones con un patetismo desgarrador. Esa realidad no es otra que la realidad popular, sus condiciones de vida. Estamos, pues, ante dieciséis cuentos sociales en el sentido más estricto del término.

Un mismo problema —la necesidad económica— es común a todos los personajes de este libro. Es un problema y llega a ser también, en la conciencia de alguno de ellos, una obsesión. No una obsesión que tenga algo que ver con la de acumular riquezas, claro está. Pero si una obsesión —y cómo podría ser de otro modo?— por conseguir ese *minimum indispensable* para cubrir las necesidades más primarias. Esta obsesión —esta tensión, esta lucha contra el medio— se manifiesta a veces, como decimos, de manera patética y desgarradora. Así, por ejemplo, en el cuento titulado «La protesta» —uno de los mejores del libro—, en el cual el protagonista, un albañil, que sufre una tuberculosis y se encuentra internado en un hospital, ha de volver al trabajo durante «una semana por lo menos», ya que han pasado los seis meses reglamentarios y, de no volver, la esposa dejará de percibir la paga reglamentaria que ha venido percibiendo. Cuando vemos cómo Andrés abandona el hospital —al final del relato—, comprendemos que ya no podrá volver a él, por una serie de circunstancias inherentes a su organización, y que no sólo no recuperará su salud, sino que la perderá rápidamente, a lo que contribuirá de una manera especial la dureza de su trabajo. Se trata, como digo, de uno de los mejores cuentos del libro.

Pero la verdad es que todos son buenos. ¿No lo es acaso «La quemadura», la historia de ese muchacho que trabaja en un horno y que se hace quemar para conseguir unos días de descanso en su durísimo trabajo? ¿No lo son también «La vagoneta» —historia dramática de un minero— o «Con las manos vacías» —crítica de unas contradicciones propias a determinadas economías—? Todos los cuentos de este libro ofrecen, por su contenido real, verdadero, un claro interés. No son historias de vagabundos más o menos idealizadas a la manera del Steinbeck de «Tortilla Flat» o de nuestro Delibes de «Las ratas», por poner algún ejemplo. No. Las narraciones de Mauro Muñiz son historias de hombres y mujeres de carne y hueso, que trabajan y luchan por sobrevivir. En esa lucha titánica ponen todo su corazón y todo su coraje. Y, por eso, cuando les vemos sucumbir ante las condiciones que los enajenan, no podemos dejar de sentir algo que se agita dentro de nosotros. Es que hemos comprendido que no podemos ser ajenos a eso que el autor nos dice; que de algún modo somos responsables de todo ello, porque, como quería Jean-Paul Sartre, todo hombre se encuentra radicalmente comprometido con la realidad.

Gran libro, en fin, este de «La paga». Admiro en él, sobre todo, una cierta dimensión épica. Y echo de menos una mayor preocupación formal del autor; esto es siempre inexcusable. Pero he aquí que se trata del primer libro de Mauro Muñiz, que hasta ahora era periodista, y que ahora es además escritor —y, para mi gusto, mejor escritor que periodista—, y es evidente que, en esta línea narrativa —realista, crítica— que elige, llegará a un mayor dominio de las formas y, cada vez más consecuente consigo mismo, nos ofrecerá en adelante un estilo más definido, más auténticamente personal. Yo así lo creo.